

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 13 (NUEVA SERIE) AÑO 2017

TEMA 5: WAGNERIANISMO

TÍTULO: **EL HIJO DE PARSIFAL**

AUTOR: *Juan Carlos Juárez*

«La estatua erigida al difunto,
fuera ociosa idolatría si sólo acordara de lo que hizo el muerto
y no amonestara lo que debía hacer al vivo».

Don Francisco de Quevedo. "Vida de Marco Bruto".

Jordi Mota sentía debilidad por los autores del denominado Siglo de Oro. Aunque *Calderón*, el poeta del Honor, figuraba a la cabeza de sus elogiados artistas de aquella época, es sin embargo la vida de *Quevedo* la que despertaba en él una mayor admiración. Fíjese el lector que hemos dicho la vida y no la obra del literato. En efecto, *Don Francisco de Quevedo* hizo suyas las cualidades de su siglo y siendo fiel a sus principios pasó una gran parte de su devenir en el exilio, desterrado o en la cárcel. Siempre por mostrar abiertamente sus ideas, denunciar las injusticias de su tiempo, o no mostrar servilismo ante quienes no eran dignos de poseer el poder que los sufridos españoles de aquella época soportaban.

Una obra de teatro maravillosa, -creo que debería sin duda colocarse entre las más importantes de nuestra literatura de todos los tiempos- "El caballero de las espuelas de oro", salida de la pluma de *Alejandro Casona*, narra extraordinariamente ese estilo de vida "rabiosamente español" de *Quevedo*.

Conocí esta obra maestra a través de *Jordi*, gracias a una grabación de TV de la época del recordado programa "Estudio 1". Juntos la vimos en numerosas ocasiones, (como decía un destacado literato catalán, las grandes

obras que nos han cautivado debemos releerlas con pasión hasta casi saberlas de memoria) y podíamos declamar casi por completo los mejores fragmentos de la misma. A estos fragmentos *Jordi* los llamaba “arias” siguiendo el símil operístico.

La obra destila elevadas cualidades morales, y hoy no puedo evitar emocionarme cuando pienso que *Jordi Mota* podría equipararse al *Quevedo* de nuestro tiempo: Fiel a sus principios, propagador de los valores universales de nuestra cultura y tenaz luchador por defenderlos frente a los que intentan ningunearlos.

Me resulta triste que las Asociaciones wagnerianas en muchas ocasiones se han centrado tanto en la música, que se han olvidado que los valores que *Wagner* defendía se encontraban prioritariamente en el texto, y que sin éste la música sola camina “coja” por el sendero del Arte. No me refiero solamente a la defensa de la música del Maestro, que lógicamente las Asociaciones realizan, sino que en las numerosas publicaciones o eventos que se publicitan salen discos, conciertos, programas de TV, etc. Pero únicamente relacionados con la música.

Siempre he echado de menos que en nuestras revistas se escribiese: «El mes que viene en el Teatro Tal se representa la obra “Cual”, del insigne dramaturgo Fulanito». En vez de «el mes que viene en el auditorio Tal podemos asistir al concierto de Fulanito». Y también, que además de recomendar la audición de piezas musicales se recomendase la lectura de determinados textos. También considero un error que nuestra publicidad la realicemos en las puertas de las salas de conciertos, en la ópera o en los conservatorios, intentando captar a amantes de la música, y no en la de los teatros con representaciones clásicas, en donde el público estaría más dispuesto a sumergirse en el sugerente mundo wagneriano.

En fin, perdóneme el lector las disquisiciones evocadas al recuerdo de “El caballero de las espuelas de oro”. Sigamos con el tema que nos ocupa.

Desde hace algún tiempo me gusta iniciar el día con una plegaria donde solicito del Altísimo que me conceda tener un día provechoso tanto para servirle a El, como para poder ser útil a los demás. Ignoro si *Jordi* realizaba algún tipo de oración matutina, pero de lo que puedo estar seguro es que su vida diaria consistía no en palabras, sino en acciones. Su oración no era un recitativo de buenas intenciones, sino el trabajo continuo por aquello en lo que creía.

En varias ocasiones me dijo que lo que habíamos recibido por medio de la Providencia gratis, no solo debíamos darlo gratis, sino que teníamos la obligación moral de dárselo a conocer al mayor número posible de gente. Todo el maravilloso mundo que *Wagner* creó para nuestra edificación, constituía un tesoro de tanto valor, que sería una negligencia por nuestra parte disfrutarlo para nuestro deleite sin trasmitirlo a los demás.

Y a esta tarea, -entre otras varias-, dedicó su vida por completo. Fruto de su dedicación es la revista que el lector tiene en sus manos, que nació precisamente para difundir la idea wagneriana y que es el reflejo de una Asociación que todos consideramos de corazón una digna sucesora de los admirados wagnerianos que nos precedieron. Pero también las numerosas conferencias, audiciones, visitas culturales... que nos han formado a todos en nuestro diario caminar y que evidentemente nos han ayudado a ser mejores personas.

* * *

Existe el conocido dicho popular de que toda persona, para llevar una vida plena, debería realizar estas tres cosas: plantar un árbol, escribir un libro y tener un hijo. De esta manera se cumplirían tres apartados fundamentales para el crecimiento de la humanidad: El amor por la naturaleza, la transmisión de nuestras experiencias y la continuidad del género humano.

En referencia al primer apartado, desconozco si *Jordi* plantó alguna vez un árbol, aunque fuera una maceta de su terraza, pero sí que asumió actitudes más importantes que esa:

Cuando la palabra “ecología” no estaba en los diccionarios ni su significado formaba parte del habla popular, *Jordi* ya escribía artículos en defensa de la naturaleza y reclamando que el ser humano debía integrarse en ella como parte de la Creación. Cuando todavía no había cumplido los 30 años creó un grupo de defensa de la naturaleza (“L’Avet negre”) que defendía un respeto por el medio ambiente, editaba carteles solicitando que se mantuvieran limpios por parte de los excursionistas los refugios o que se prohibiera la circulación de motos y todo terrenos de manera indiscriminada por pistas de montaña, y propugnaba una ética personal de defensa de los animales cuando grupos hoy más conocidos como por ejemplo Greenpeace ni siquiera habían nacido.

Su amor por los animales le llevó a hacerse vegetariano por motivos éticos, (no confundir con los egoístamente vegetarianos dietéticos), con la consigna de que había que pasar por el mundo realizando el menor daño posible, y estaba en nuestra mano minimizar los sufrimientos de los animales utilizados para consumo humano. Realizó también numerosas campañas antitaurinas, cuando en España la pasión por esa innoble actividad era defendida por el “régimen” y nadie se atrevía entonces a cuestionarla.

Como podemos ver, nada parecido con el político que planta un árbol y después recalifica un terreno rural para construir una urbanización y aumentar sus arcas a costa de la naturaleza...

En cuanto al segundo apartado, escribir un libro, *Jordi* sobrepasó ampliamente esta cuestión.

A lo largo de su vida escribió más de 60 libros, unos 700 artículos en más de 40 revistas diferentes, y fue editor o fundador de 7 publicaciones. En

todos estos trabajos sobresalen los más variados e interesantes temas: wagnerianismo (los más conocidos), pero también biografías, ensayos sobre defensa de la naturaleza, estudios históricos, ensayos sobre Arte... y algunas obras creativas personales como cuentos y poesías.

En todos ellos muestra, al margen del tema que le ocupa en cada momento, una cuidada exhibición de virtudes morales que debían guiar nuestra existencia. Así vemos que ese segundo punto del dicho popular, “escribir un libro”, lo sobrepasó con creces.

Y llegamos al tercer punto: “tener un hijo” y aquí es donde *Jordi* se mostró más contundente y donde obtuvo los mejores resultados. La mayoría de los humanos se casan y tienen hijos físicos, pero una gran parte fracasan en la labor de educarlos, bien por pereza, por negligencia, por una excesiva confianza en los medios del sistema... o por un poco de todo ello.

A *Jordi* le gustaba recordar un cuento clásico, donde se relata el caso de una persona que al morir y presentarse ante Dios le dice que él no ha hecho mal alguno en su vida, pero Dios le condena por negligente, pues tendría que haberse esforzado en hacer el bien y no simplemente en no hacer el mal.

La idea de que Dios pudiera reprocharle algo así le mantuvo alerta y despierto, y toda su vida trató de esforzarse en hacer el bien. Por lo menos en defender un bien superior aunque para ello tuviera que atacar a los enemigos de la moral. Ya sabemos que el mayor éxito del diablo es hacer creer a la mayoría de las personas que no existe...

Parte de esa actividad incesante recayó en la formación de las personas que le rodeaban y que tenían la suerte de caer en su órbita. Desde jóvenes que estaban realizando algún trabajo escolar y que pasaban por la Asociación en busca de ayuda, o profesionales de la música o la literatura que buscaban determinado material para sus estudios, hasta por supuesto los numerosos oyentes de las conferencias que pronunció o lectores de los libros que escribió.

Y aquí es donde *Jordi* cumplió esa tercera premisa del dicho popular. Pero dejemos que sea *Platón* el que nos lo cuente:

«En consecuencia, los que son fecundos según el cuerpo se dirigen preferentemente a las mujeres y de esta manera son amantes, procurándose mediante la procreación de hijos inmortalidad, recuerdo y felicidad, según creen, para todo tiempo futuro. En cambio, los que son fecundos según el alma, pues hay, en efecto, quienes conciben en las almas aún más que en los cuerpos (...)

»Cuando uno de éstos se siente desde joven fecundo en el alma, siendo de naturaleza divina, y, llegada la edad, desea ya procrear y engendrar, entonces busca también él, creo yo, en su entorno la belleza en la que pueda engendrar, pues en lo feo nunca engendrará. Así, pues, en razón de su fecundidad, se apega a los cuerpos bellos más que a los feos, y si se tropieza con un alma bella, noble y bien dotada por naturaleza, entonces muestra un gran interés por el conjunto; ante esta persona tiene al punto abundancia de razonamientos sobre la virtud, sobre cómo debe ser el hombre bueno y lo que debe practicar, e intenta educarlo. En efecto, al estar en contacto, creo yo, con lo bello y tener relación con ello, da a luz y procrea lo que desde hacía tiempo tenía concebido, no sólo en su presencia, sino también recordándolo en su ausencia, y en común con el objeto bello ayuda a criar lo engendrado, de suerte que los de tal naturaleza mantienen entre sí una comunidad mucho mayor que la de los hijos y una amistad más sólida, puesto que tienen en común hijos más bellos y más inmortales. Y todo el mundo preferiría para sí haber engendrado tales hijos en lugar de los humanos.(...)

»Honrados son entre vosotros tales hombres, por haber puesto de manifiesto muchas y hermosas obras y haber engendrado toda clase de virtud».

Platón. "Diálogos". (El banquete).

* * *

En una ocasión pregunté a *Jordi* que cuáles de los dramas wagnerianos eran sus preferidos. Me contestó: «Aquí en la tierra, “*Tristán e Isolda*”, y cuando esté en la otra vida el “*Parsifal*”».

Cerrando el círculo de las disquisiciones que me he permitido escribir en este trabajo, ahora me toca hablar de los Caballeros del Grial. ¿Por qué este giro aparentemente sin conexión con lo escrito hasta ahora? Pues resulta que sí tiene relación. En los primeros párrafos hablé de *Jordi* como un *Quevedo* de nuestro siglo, pero en realidad su vida fue más allá de esa similitud.

En algunas ocasiones tuvimos conversaciones sobre el equívoco que puede crearse si analizamos las obras “*Lohengrin*” y “*Parsifal*” desde un punto de vista demasiado humano. *Lohengrin*, en su famoso relato nos cuenta al desvelar su origen:

«En una tierra lejana, inaccesible para vuestros pasos, se encuentra un castillo llamado Monsalvat. (...) Quien es escogido por el Grial para servirlo recibe de éste un poder sobrenatural. Contra él nada puede la mentira del hombre malvado. (...) Quien por él es enviado a lejanas tierras para defender la virtud, no queda privado de su sagrada fortaleza siempre que se ignore que es un caballero del Grial. (...) ¡Escuchad ahora como respondo a la pregunta prohibida!: Fui enviado a vosotros por el Grial. Mi padre, *Parsifal*, lleva su corona. Soy su caballero y mi nombre es *Lohengrin*».

Este final, debido a que los wagnerianos somos propensos a debatirlo todo, despertó el apasionado debate de algunos de nosotros sobre el aspecto terrenal de los Caballeros del Grial. Así si *Lohengrin* es “hijo” de *Parsifal*, y de la misma manera en la última obra del Maestro, *Amfortas* es mencionado como “hijo” de *Titirel*, nos encontramos con que la dinastía de los caballeros en realidad sería una especie de monarquía hereditaria.

Por supuesto, la visión de *Jordi* -y la mía propia- era que sería un error pensar esto. *Amfortas* era el heredero ESPIRITUAL de *Titur*, a quien recordemos se le asignó el mandato divino de crear una orden de Caballeros que fuese por el mundo haciendo el bien y defendiendo el honor y la virtud. Dedicamos a este tema alguna conferencia y algún artículo en la revista.

Nuestra visión espiritual del mundo nos anima a creer que efectivamente existen personas, que no son sobrenaturales, sino muy humanas, pero que han sido tocadas con un mandato de la Providencia y que han dedicado su vida, como *Lohengrin* nos cuenta, a trabajar modestamente (para no caer en el pecado de soberbia) llevando a cabo los designios divinos:

Bien sea defendiendo el honor o la virtud, ayudando a personas acusadas injustamente, mostrando el camino a los que están en tinieblas... esas personas existen y podemos dar fe de que esto es verdad. Los que hemos tenido la fortuna de vivir al lado de ellas podemos atestiguarlo.

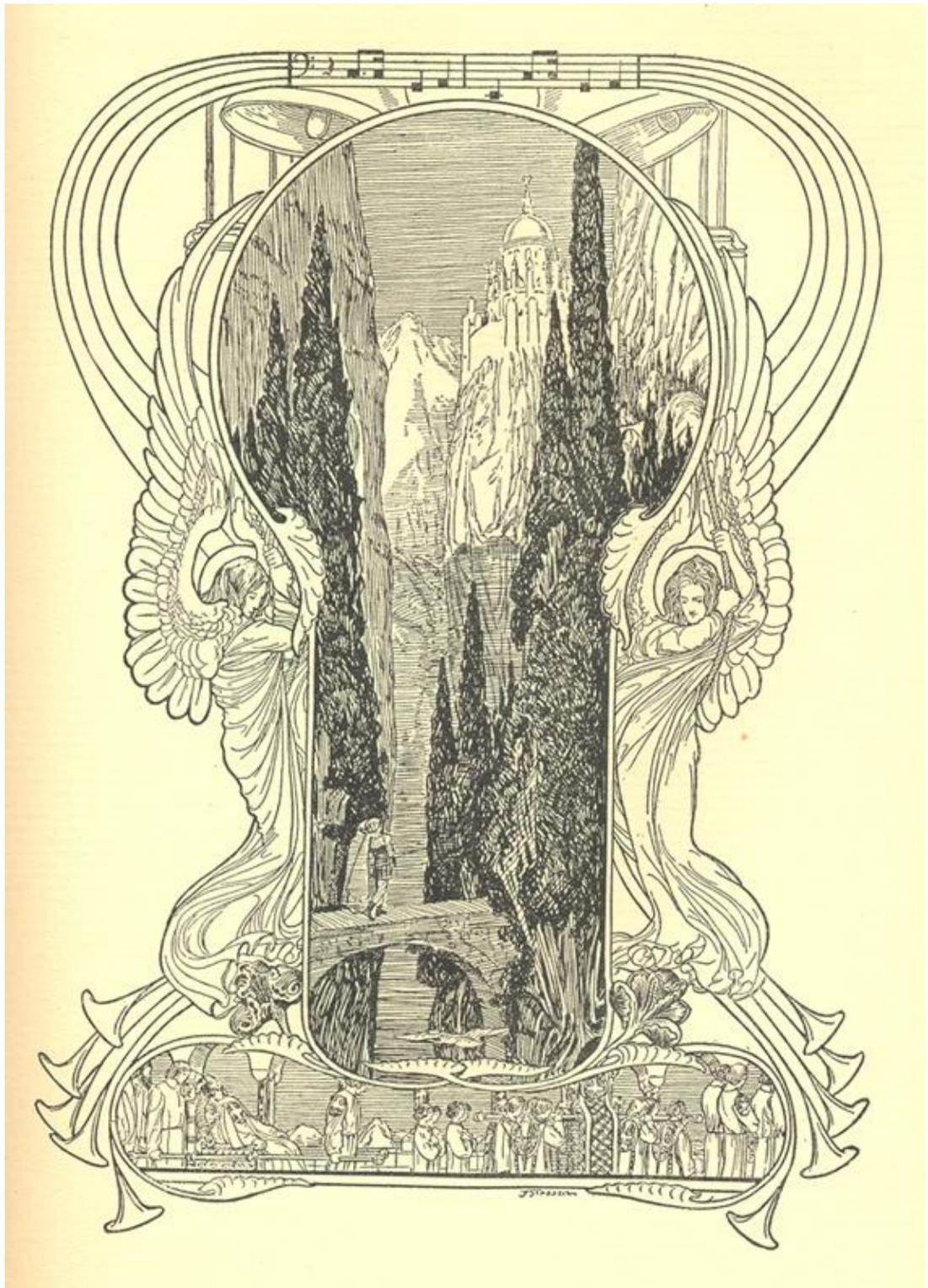
Aunque su tremenda humanidad nos dificulte reconocerlos, personas como *Jordi Mota* nos hacen creer en los Caballeros del Grial, en que en el mundo se desarrolla una inmensa lucha entre el bien y el mal, y en que todos debemos tomar parte en ella, cada uno en el pequeño papel que podamos tener asignado.

El mundo wagneriano no es un bonito cuento con una extraordinaria música. Es un reflejo de nuestro mundo, con sus miserias y con sus héroes y en donde nosotros podemos, -tenemos la obligación- de tomar partido. ¿En qué bando del drama nos ponemos? No en el de los malvados, desde luego, pero ¿estamos al lado de los héroes o en el de los personajes pasivos que “no hacen nada malo” pero tampoco el bien?

Jordi Mota, al que recordamos en este número especial de nuestra revista al cumplirse un año de su fallecimiento, resolvió con su vida

ampliamente este cometido. No nos limitemos a alabar al fallecido (como decía *Quevedo*), sino que tomemos ejemplo de sus virtudes para edificación nuestra y de los que vengan después.

Sigamos el ejemplo de *Jordi* que supo ser verdaderamente un Caballero del Grial. Un digno hijo de *Parsifal*.



Franz Stassen: "Monsalvat, el castillo del Grial"